

Andrea Camilleri

# JUEGO DE ESPEJOS

Traducción del italiano de  
Teresa Clavel Lledó



salamandra

Título original: *Il gioco degli specchi*

Ilustración de la cubierta: Laura Zalenga

Copyright © *Sellerio Editore, Palermo, 2011*

Copyright de la edición en castellano © *Ediciones Salamandra, 2014*

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-576-2

Depósito legal: B-7.212-2014

1ª edición, abril de 2014

*Printed in Spain*

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdager, 1  
Capellades, Barcelona

JUEGO DE  
ESPEJOS



# 1

Llevaba unas dos horas sentado, como Dios lo había traído al mundo, en una especie de silla peligrosamente parecida a una silla eléctrica. Le rodeaban las muñecas y los tobillos unas argollas de hierro de las que salían manojos de cables que iban a parar a un armario metálico decorado con cuadrantes, manómetros, amperímetros, barómetros y luces —verdes, rojas, amarillas y azules— que se encendían y se apagaban sin cesar. En la cabeza llevaba un casco idéntico al que los peluqueros ponen a las señoras para hacerles la permanente, pero éste estaba unido al armario por un grueso cable negro dentro del cual había centenares de hilos de colores.

El profesor, cincuentón, con un corte de pelo estilo paje con la raya en medio, barbita de chivo, gafas con montura dorada, bata blanca inmaculada y expresión antipática y arrogante, lo había ametrallado con preguntas tipo:

«¿Quién era Abraham Lincoln?»

«¿Quién descubrió América?»

«Si ve un buen trasero de mujer, ¿qué piensa?»

«¿Nueve por nueve?»

«Entre un cucurucho de helado y un mendrugo de pan mohoso, ¿qué prefiere?»

«¿Cuántos fueron los siete reyes de Roma?»

«Entre una película cómica y un espectáculo pirotécnico, ¿qué elegiría?»

«Si un perro lo ataca, ¿sale usted huyendo o le planta cara gruñendo?»

En un momento dado, el profesor se levantó de golpe de su asiento, hizo «ejem, ejem», se quitó una pelusa de la manga de la bata, miró fijamente a Montalbano, suspiró, movió la cabeza con desolación, suspiró de nuevo, volvió a hacer «ejem, ejem», pulsó un botón y, automáticamente, las argollas se abrieron y el casco se elevó.

—Parece que la visita ha terminado —dijo mientras iba a sentarse detrás de la mesa, en una esquina del consultorio, y empezaba a escribir en el ordenador.

Montalbano se puso en pie y cogió los calzoncillos y los pantalones, pero se quedó indeciso.

¿Qué significaba ese «parece»? ¿Había terminado ese peñazo de revisión o no?

Una semana antes había recibido una notificación firmada por el jefe superior, donde se le informaba de que, de conformidad con las nuevas normas para el personal dictadas por el ministro personalmente en persona, tendría que someterse a un control de salud mental en la clínica Virgen María de Montelusa en un plazo no superior a diez días.

«¿Cómo es que un ministro puede hacer que se controle la salud mental de un funcionario y un funcionario no puede hacer que se controle la salud mental de un ministro?», se había preguntado, renegando. Y había protestado ante el jefe superior. La respuesta de éste: «¿Qué quiere que le diga, Montalbano? Son órdenes de arriba. Sus colegas se han adaptado.»

Adaptarse era la consigna. Si no te adaptabas, te exponías a que difundieran algún rumor calumnioso, como que eras pederasta, chulo putas o violador habitual de monjas, y te obligaran a dimitir.

—¿Por qué no se viste? —preguntó el profesor.

—Porque no... —masculló, tratando de dar una explicación mientras empezaba a vestirse.

Y fue entonces cuando se torcieron las cosas: los pantalones no le entraban. Sin duda, eran los mismos que llevaba al llegar, pero habían encogido. Por más que metiera barriga, por más que se retorciera, no había manera, no podía abrochárselos. Eran como mínimo tres tallas más pequeños que la suya. En el último intento desesperado, perdió el equilibrio y se apoyó con una mano en un carrito con un misterioso aparato encima, pero el carrito salió disparado y fue a chocar contra la mesa del profesor, que dio un respingo.

—¿Se ha vuelto loco?!

—No me entran los pa... los pantalones —balbuceó el comisario, tratando de justificarse.

Entonces el profesor se levantó hecho una furia, cogió los pantalones por la cinturilla y se los subió.

Le entraron perfectamente.

Montalbano se sintió avergonzado como un niño de guardería que va al váter y necesita la ayuda de la maestra para volver a vestirse.

—Ya albergaba serias dudas —dijo el profesor, sentándose para seguir escribiendo—, pero este último episodio disipa todas mis incertidumbres.

¿Qué quería decir?

—Explíquese mejor.

—¿Qué quiere que le explique? ¡Está más claro que el agua! ¡Le pregunto en qué piensa cuando ve un buen trasero femenino y me contesta que en Abraham Lincoln!

El comisario se quedó perplejo.

—¿Yo?! ¿Yo he contestado eso?

—¿Acaso niega lo que está grabado?

En ese momento, Montalbano tuvo una iluminación y comprendió lo que estaba pasando. ¡Había caído en una trampa!

—¡Es un complot! —gritó—. ¡Queréis hacerme pasar por loco!

No había acabado de dar voces cuando la puerta se abrió de par en par y aparecieron dos fornidos enfermeros que le pusieron una camisa de fuerza. Montalbano intentó liberarse maldiciendo y dando patadas a diestro y siniestro, y entonces...

Y entonces se despertó. Empapado en sudor y con la sábana tan enrollada alrededor del cuerpo que no podía moverse; parecía una momia.

Cuando, tras contorsiones varias, consiguió liberarse, miró el reloj. Eran las seis.

A través de la ventana abierta entraba un caliente siroco. El pedazo de cielo que veía desde la cama estaba cubierto por una neblina lechosa. Decidió quedarse en la cama diez minutos más.

No, el sueño que acababa de tener no se ajustaba a la realidad. Él nunca se volvería loco; estaba seguro. Si acaso, empezaría a chochear poco a poco, quizá olvidando el nombre y la cara de las personas más queridas, hasta sumirse en una especie de soledad inconsciente.

¡Menudos pensamientos se le ocurrían de buena mañana! ¡La mar de agradables! Reaccionó levantándose y yendo directo a la cocina a preparar café.

Cuando estuvo listo para salir, se dio cuenta de que era demasiado temprano para ir a la comisaría. Abrió la cristalera de la galería, se sentó fuera y encendió un cigarrillo. Hacía un calor tremendo. Prefirió entrar y quedarse dentro sin hacer nada hasta que fueran las ocho.

A esa hora subió al coche y empezó a recorrer el estrecho tramo de carretera que unía Marinella con la provincial. A doscientos metros de su casa había otra casi igual, que había estado años vacía y que desde hacía cinco meses



habitaba un matrimonio sin hijos, los señores Lombardo. Él, Adriano, era un hombre de cuarenta y cinco años, alto y elegante, y según información de Fazio era el representante exclusivo para toda la isla de una conocida marca de ordenadores, motivo por el cual viajaba con frecuencia. Tenía un veloz coche deportivo. Su mujer, Liliana, era una guapa turinesa diez años menor que él, una morena que quitaba el hipo. Alta, piernas largas y perfectas... debía de haber practicado algún deporte. Y cuando uno la veía caminar desde atrás, no pensaba ni por asomo, a no ser que estuviera loco de atar, en Abraham Lincoln. Ella, a diferencia de su marido, tenía un utilitario japonés.

Su relación con Montalbano se limitaba a desearse buenos días y buenas tardes en las raras ocasiones en que se cruzaban en el estrecho tramo de carretera, aunque cuando eso sucedía era un auténtico coñazo, porque no podían pasar dos coches a la vez y había que hacer un montón de maniobras.

Aquella mañana, el comisario vio con el rabillo del ojo el coche de la vecina con el capó levantado y a ella doblada por la cintura mirando dentro. Seguro que tenía algún problema. Como no tenía ninguna prisa, casi sin pensarlo giró a la derecha, recorrió diez metros y se encontró delante de la verja abierta del chalet. Sin apearse, preguntó:

—¿Necesita ayuda?

Liliana lo obsequió con una sonrisa de gratitud.

—¡No arranca!

Montalbano bajó, pero no cruzó la verja.

—Si va al pueblo, la llevo.

—Gracias, tengo bastante prisa. Pero ¿usted no podría echarle un vistazo al motor?

—Créame, señora: no entiendo absolutamente nada de motores.

—Entonces voy con usted.

Liliana bajó el capó, cruzó la verja y, sin cerrarla, subió al automóvil mientras el comisario le mantenía la puerta abierta.

Se pusieron en marcha. Pese a que las ventanillas estaban bajadas, el coche se inundó del perfume de la mujer, delicado y penetrante a un tiempo.

—El problema es que no conozco a ningún mecánico. Y mi marido no vuelve hasta dentro de cuatro días.

—Podría llamarlo por teléfono.

La señora Lombardo pareció no haber oído la sugerencia.

—¿Usted no podría aconsejarme uno?

—Por supuesto. Pero no llevo encima su número de teléfono. Si quiere, la acompaño al taller.

—Es muy amable.

No hablaron más durante el resto del trayecto. Montalbano no quería pasar por curioso; ella, por su parte, era cortés y afable, pero se notaba que no le gustaba dar confianzas. El comisario se la presentó al mecánico, la mujer volvió a darle las gracias y así finalizó el breve encuentro.

—¿Están Augello y Fazio?

—*Dottori*, están *in situ*.

—Mándalos a mi despacho.

—¿Y cómo van a ir, *dottori*? —preguntó Catarella, perplejo.

—¿Cómo que cómo van a ir? ¡Pues por su propio pie, digo yo!

—Pero no están aquí, *dottori*, están *in situ* donde está el sitio.

—¿Y dónde está ese sitio?

—Espere, que lo miro. —Cogió una hoja—. Aquí pone via Pissaviacane, veintiocho.

—¿Seguro que se llama via Pissaviacane?

—Tan seguro como la muerte, *dottori*.

Era la primera vez que oía hablar de esa calle.

—Llama a Fazio y pásamelo al despacho.

Sonó el teléfono.

—Fazio, ¿qué ocurre?

—Esta mañana, al amanecer, ha explotado una bomba delante de un almacén de via Pisacane. Ningún herido, sólo un buen susto y algunos cristales rotos. Además de la persiana metálica destrozada, claro.

—¿De qué es el almacén?

—De nada. Lleva casi un año vacío.

—¡Ah! ¿Y el propietario?

—Lo he interrogado. Luego se lo cuento todo; dentro de una hora como máximo estamos de vuelta.

Se puso a firmar papeles de mala gana, a fin de que la enorme pila que tenía sobre la mesa encontrara un equilibrio más estable. Hacía tiempo que Montalbano se había hecho una idea muy precisa de un fenómeno misterioso, pero prefería no comentarlo con nadie. Porque entonces sí que lo tomarían por loco. El fenómeno era el siguiente: ¿cómo es que los expedientes aumentaban durante la noche? ¿Cómo se explicaba que dejara por la tarde una pila de un metro de alto y, a la mañana siguiente, la encontrara de un metro diez sin que hubiera llegado correo nuevo? La explicación sólo podía ser una. Cuando la oficina se quedaba a oscuras y desierta, los expedientes, sin que nadie los viera, salían de los archivadores, se desperdigaban aquí y allá, se despojaban de las carpetas y se entregaban a orgías desenfundadas, a copulaciones ilimitadas, a camas redondas inenarrables. Y por eso, a la mañana siguiente, los frutos nacidos de la pecaminosa noche aumentaban el volumen y la altura de la pila.

Sonó el teléfono.

—*Dottori*, está en la *línia* Francischino, que quiere hablarle personalmente en persona.

¿Y quién era ése? Dijo que se lo pasara; más valía no perder el tiempo con Catarella.

—¿Quién es?

—Comisario, soy Francischino, el *micánico*.

—Ah, dime.

—Lo llamo desde casa de los *siñores* Lombardo. El motor se lo han cargado. ¿Qué hago? ¿Me llevo el coche al taller o lo deajo aquí?

—Perdona, pero ¿por qué me llamas a mí?

—Porque la *siñora* no coge el móvil, y como es amiga suya...

—Francischì, no es amiga mía; es una conocida. Así que no sé qué decirte.

—Ah, bueno. Perdona.

A Montalbano no le había pasado inadvertida una frase del mecánico.

—¿Por qué dices que se han cargado el motor?

—Porque es así. Lo han destrozado.

—¿Quieres decir que lo han hecho adrede?

—*Dottore*, yo conozco mi oficio.

Pero ¿quién podía tenerla tomada con la bella Liliana Lombardo?

—Bueno, ¿de qué va esta historia? —les preguntó el comisario a Fazio y Augello en cuanto se sentaron frente a él.

Le correspondía contestar al subcomisario Domenico Augello, llamado Mimì.

—Tal como yo lo veo —dijo—, es un caso de impago a la mafia. Tal como lo ve Fazio, no.

—Habla primero tú.

—El almacén es propiedad de un tal Angelino Arnone, que tiene también una tienda de alimentación, una

panadería y una zapatería. Tiene que pagar tres cuotas a la mafia. O se ha olvidado de alguna, o se la han aumentado y él se ha rebelado. Así que, para meterlo en vereda, le han hecho una advertencia. Eso es todo.

—¿Y el tal Arnone qué dice?

—Las mismas tonterías que hemos oído cientos de veces. Que nunca ha pagado ninguna cuota a la mafia porque nunca se la han pedido, que no tiene enemigos y que nadie le desea ningún mal.

—¿Y tú qué piensas, Fazio?

—Pues, *dottore*, a mí la cosa no me cuadra —respondió Fazio.

—¿Por qué?

—Porque sería la primera vez que, para convencer a alguien de que pague la cuota de protección, le ponen una bomba en un almacén vacío. ¿Qué perjuicio le han causado? ¡Una persiana metálica rota! Sale del paso con cuatro euros. Según la regla establecida, deberían habérsela puesto delante de la tienda, la panadería o la zapatería. ¡Entonces sí que habría valido la advertencia!

El comisario no sabía qué decir. Las dudas de Fazio, desde luego, no carecían de fundamento.

—Y tal como lo ves, ¿por qué razón no han seguido la regla esta vez?

—Pues no lo sé. Pero, si usía me lo permite, quisiera saber algo más de Angelino Arnone.

—Está bien, infórmate y me pones al corriente. Ah, ¿qué tipo de bomba era?

—La típica, de relojería. Dentro de una caja de cartón que podía parecer dejada para que se la llevara el basurero.

Mientras se dirigía a la *trattoria* de Enzo, leyó la placa de una calle corta y estrecha por la que pasaba desde hacía años por lo menos dos veces al día: via Pisacane.

Nunca había reparado en ese nombre. Aminoró la marcha al pasar por delante del número 28. El almacén de Arnone, en la planta baja de un edificio de tres pisos, estaba entre una ferretería y el portal por el que se accedía a las viviendas. No habían colocado la bomba en el centro de la persiana metálica, sino en el lado derecho.

En la *trattoria* se dio un atracón. *Antipasti* variados, espaguetis con sepia en su tinta, una degustación de pasta con almejas y salmónes de roca fritos (dos raciones abundantes).

Así que, pese al calor que hacía, se impuso el paseo por el muelle hasta la roca plana, bajo el faro. Allí estuvo una hora fumando y charlando con un cangrejo, y luego volvió a la oficina.

Para acceder a la comisaría tuvo que apartar con el pie un gran paquete que obstaculizaba la entrada.

Con la rapidez de un flash, un pensamiento se encendió en su mente.

—Catarè, ¿qué es ese paquete?

—Disculpe, *dottori*, ahora mismísimo van a recogerlo los de administración. Han llegado ocho paquetes de formularios, impresos y papel con membrete.

¿Cómo era posible que el ministerio tuviera dinero para aumentar el tocamiento de cojones burocrático y no para la gasolina de las unidades móviles?

—¿Está Fazio?

—Sí, *signor*.

—Mándamelo al despacho.

Fazio llegó justificándose.

—*Dottore*, en toda la mañana no he tenido un minuto para ocuparme de Arnone.

—Siéntate, quiero decirte una cosa. He descubierto por casualidad que una de las calles por las que paso habitualmente para ir a la *trattoria* es via Pisacane. He echado un vistazo.

Fazio le dirigió una mirada interrogativa.

—A juzgar por el cerco dejado por la explosión y el agujero de la persiana metálica —prosiguió Montalbano—, me ha parecido que la bomba estaba colocada casi en el borde derecho de la persiana. ¿Es así?

—Sí, señor.

—En otras palabras, desviada hacia el veintiséis, es decir, el portal de entrada al edificio. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Voy a exponer una hipótesis y a ver qué me dices. Si un inquilino del edificio, al salir o entrar por la mañana temprano, se encuentra delante del portal una caja de cartón, ¿qué hace?

—La aparta con el pie —dijo Fazio. Y exclamó—: ¡Coño!

—Exacto. Puede que la bomba no fuese una advertencia a Arnone, sino a alguien que vive en ese edificio.

—Tiene razón. Y eso significa que el trabajo aumenta y se complica.

—¿Quieres que se lo diga al *dottor* Augello?

Fazio hizo una mueca.

—Si pudiera ayudarme Gallo...

—Está bien.

Al cabo de media hora se presentó Augello.

—¿Tienes un minuto?

—Todo el tiempo que quieras, Mimi.

—He estado pensando en lo que Fazio ha dicho esta mañana sobre la bomba. Efectivamente, es una anomalía. Así que me he preguntado por qué habían puesto la bomba en el borde derecho de la persiana y no en el centro. Verás, Salvo, al lado del almacén está el portal de un edificio de tres pisos. Y digo yo: ¿no podría ser que la bomba estuviera destinada al portal y que un inquilino

hubiese apartado la caja de cartón sin darse cuenta de que contenía una bomba?

El comisario desplegó una expresión exultante.

—¿Sabes que has tenido una magnífica idea, Mimi? Enhorabuena. Le diré a Fazio que indague sobre los vecinos del edificio.

Augello se levantó y volvió satisfecho a su despacho.

¿Qué necesidad había de desilusionarlo? La joven marmota de los *boy scouts* Salvo Montalbano había hecho la buena obra del día.